

7024

2

## COLÓN EN EL REAL DE SANTA FE <sup>(1)</sup>

---

Era de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en el Escorial; ó los cuadros de Van-Eyk, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio. Los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata, que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos realces; los plumajes traídos entonces por las expediciones lusitanas del Asia y del Africa; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares y esmeraldas en los montes por aquellas recién invénidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pintores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entonces, veíanse reunidas en el real de Granada como en ninguna otra parte, gracias al esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imagináos las tiendas innumerables de brocados riquísimos, donde pendían los tapi-

---

(1) De la Historia del descubrimiento de América, publicada por D. Eimlio Castelar.

ces de Arras con sus realzadas figuras; las alfombras de Persia, que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnaldas del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre pies de oro, lloviznados todos ellos con rocío de rubies; las armaduras embutidas con toda suerte de metales preciosos; las adargas ricamente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las lanzas, parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas con sus empuñaduras de sin igual valor; los talíes, sembrados de zafiros y ópalos; todas aquellas maravillas del arte, que parecían á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la molicie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese visto, por ejemplo, al marqués de Cádiz, vestido con su túnica mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendientes del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro, rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturón de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puño de metales preciosos, no le creyera ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta y cinco años había saltado tantos muros, visto tantos pueblos y fuertes puestos á sus pies y rendidos á sus brazos, hecho tantas campañas como los primeros héroes de la historia y como los primeros campeones de la guerra. Y allí, en aquel campamento, sucedíanse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de sortijas, y á los juegos los combates. Por fin, Granada tuvo que darse al sitiador, y señaló su entrega para el día 2 de Enero de 1492.

En la víspera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas las precauciones indispensables para que no pudiesen deslustrarse. Los pregoneros del campamento notificaron á voces como, al amanecer del día siguiente, debían hallarse las tropas apercebidas á la entrada, con sus mejores aprestos.

y arreos. También se dieron rigurosos órdenes á fin de que los caballeros y sus pajes y todas las gentes de pro se presentaran revestidos de sus principales galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines confundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilantes alondras. El cielo tenia ese azul claro que presentan los horizontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al aire. Las nieves de la Sierra nunca relumbraron como aquella mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de diamante. Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles que no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos, palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realizados con gotas de rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebotaban en las armas y armaduras de los cristianos, tendidos por la vega, y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los árabes, agrupados por última vez en sus torres y en sus torreones. ¡Qué contraste, Dios mío, el de las campanas saludando, desde las torres de Santa Fe, al nuevo día, con los muhecines ó muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde los alminares de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los musulimes, cercano á ser proscripto de aquel edén, hecho para placer de los suyos por las manos de las huries y de los ángeles! Desde Santa Fe podía la vista contemplar aquel maravillosísimo espectáculo, nunca tan hermoso como al salir la ciudad sultana de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares católicos. Desde allí, desde el real de Santa Fe, podía verse á la derecha el valle inmenso entre cuyas arboledas y plantíos culebrea el Genil; á la izquierda Sierra Elvira, y, como acercándose á sus lavas frías, el tormentoso Albaicín, coronado con su formidable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas encantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la Sierra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas, entonaba la luz matinal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de porcelana y

sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de aulifas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado tintes, que llegan del rosa pálido al carmín rojo, los ardores del Mediodía; y entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo. Ya el sol montaba de su oriente á su cenit cuando el cardenal arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma encaminábase con dos mil milites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas de sus diáconos caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas ciertas prerrogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social, ni á la hora de morir y espirar el feudalismo.

Al llegar Mendoza con su hueste á la puente por donde, sobre los fosos, debía pasar con todos los suyos á la fortaleza, dió de manos á boca con Boabdil, quien salía, seguido por un gran tropel de moros principales. Viéndole, veíase la imagen misma del desaliento. Aunque puesto y erguido de suyo, la pesadumbre del dolor inmenso le hacía como encorvar las espaldas. Aunque joven, pues apenas alcanzaba treinta años, tenía demacrado y arrugadísimo el rostro, como un viejo, merced á la tensión de su pensamiento en todo el sitio y á los surcos abiertos por las penas en las noches últimas. Aunque de un color moreno, el insomnio le había vuelto como verdoso, y diluido unas moradas ojeras en torno de aquellos sus negros y profundos ojos, hundidos á la sazón y muertos. Por su negra barba se veían blanquear varios cabellos blancos, y por los tendones rígidos del cuello se notaba el esfuerzo

empleado para reprimir y ahogar amargos y violentos suspiros. Los labios se le caían con menosprecio, como á quien, atenaceado por una grande aficción suprema, no le va nada en la vida, ni aguarda nada del mundo. Maldecido por el hado adverso, en ciertos momentos creía cumplir una especie de ministerio divino en la observancia y en el cumplimiento de sus fatales decretos. Mas realmente no podía sobreponerse á su dolor. Así que se imaginaba solo, y creía que nadie le miraba, quedábase rígido é inmóvil como el frío de la muerte. Una languidez, en la que se notaba con el desmayo del espíritu e desmayo del cuerpo, apoderábase de todo su ser, y sin que pudiese impedirlo el empeño y el esfuerzo propios, suspiros hondos y amargos salían de su despedazado pecho. El grupo formado por él y por los suyos junto al cardenal y su comitiva, tenía todo el color de los grupos orientales. Turbantes de mil colores, acusando la dignidad y estirpe de aquellos que los ceñían; alquicetes de blanquísima lana y marlotas de bordados realces; túnicas al cuerpo ceñidas por talies de pedrería; damasquinadas adargas, embutidas en oro y plata con leyendas koránicas; gualdrapas tunecinas, que relumbraban maravillosamente; arreos vistosísimos y apropiados al color de los caballos; bandas é insignias; todo el esplendor de aquella ciudad refinadísima desplegábase ahora, en el momento mismo de acabar su vida é iniciarse los tristes y últimos funerales debidos á su muerte. El sitio de la escena denominábase Abaul, y sobre aquel sitio campeaban, de un lado airosa mezquita, y de otro lado la torre célebre de los Siete Suelos. Viendo venir el cardenal de Toledo á los primates granadinos tan humillados, no pudo menos de dirigirles algunas palabras muy discretas y reservadas, pues la misma natural conmiseración á la desgracia podía creerse un rebajamiento infigido al antiguo poder y fortuna. Bajaba Boabdil en busca de los Reyes, cuando encontró al cardenal; y anheloso indudablemente de romper su pecho y desahogarlo con alguna expansión y alguna confidencia, díjole al prelado: «Váis á ocupar esos alcázares, en que nací y en que de-

biera yo haber muerto. Tomadlos á nombre de los esclarecidos Reyes á quienes aquel que todo lo puede ha querido entregarlos, parte por los merecimientos suyos, y parte también por los pecados nuestros.» En estas palabras, conservadas por la historia desde luego como el fatalismo ismaelita, poderoso para mover al combate y á la guerra, también es poderoso para infligir una conformidad y una resignación á la desgracia, que hace perdurables y casi eternos los estados tristes del alma en los individuos, y los decaimientos y las postraciones en los pueblos.

Un poco más abajo se presentó Boabdil al rey Don Fernando, acompañado por brillante comitiva. Una legión de pajes con sus dalmáticas bordadas de realce le precedían á pie, abriéndole camino en aquella procesión triunfal hacia la cumbre de su gloriosa conquista. Los primeros ricoshombres de Castilla y Aragón, montados en sus corceles de fiesta, y vestidos con sus preseas de gala, circuían al Monarca, llevando tales blasones é insignias, cortes tan lujosas, banderas tan variadas, maceros tan blasonados, que parecía el grupo aquel un ejército de verdaderos reyes. Fernando se había vestido su traje regio y el rojo manto con vueltas de armifio cubría casi el caballo, mientras las coronas innumerables de su casa y familia se notaban prendidas, en abreviadas pero en relucientes joyas á su espléndida gorra cubierta de plumajes. Boabdil, por lo contrario, vestía de negro, traje conforme con su dignidad y su situación, llevando un capacete de acero damasquinado á la cabeza, con leyendas propias de su rango, y esparcidos por todo el cuerpo aquellos amuletos orientales cuya eficacia no había visto jamás, pero en cuya virtud y fuerza confiaba el cuitado aun después de sus irreparables desgracias. Boabdil quiso apearse al ver á Fernando, y aun sacó el pie de su estribo para bajar y ponerse de hinojos ante quien le había roto y humillado; pero le detuvo un imperioso ademán del Monarca cristiano. Entonces, conturbado el Rey Chico por aquellas muestras de afecto benévolo, pidió con grandísimo encarecimiento besar la real mano; pero

Fernando le dijo cómo se usaban aquellos homenajes de vasallo á señor, pero nunca entre iguales. Acercó entonces Boabdil su caballo al caballo del aragonés, y tendiendo con grandísimo empeño la cabeza, besóle con ardiente ósculo en el derecho brazo. Cuando ya hubo cumplido este acto de cortesía, que imaginaba impuesto por el vencimiento al vencido, palpóse con presteza el cinto y creció su amarillor al encontrar lo que buscaba, las dos principales llaves de la ciudad mágica, las dos llaves que abrían las dos puertas de aquel paraíso, donde lanzaban el espíritu mahometano y la mahometana cultura sus últimas fulguraciones, su resplandor postrimero. Al entregar las dos llaves Boabdil debió creer que daba con ellas las mezquitas de su Dios, los sepulcros de sus padres, la honra de su raza, y debió maldecirse á sí mismo por la mala hora en que Hassem le engendrara y por la mala estrella que presidiera desde los cielos á su nacimiento, designándole para que acabara en sus manos la obra milagrosa de Muza y Tarik, los restos del imperio que había de los Abderramanes y los Almanzores impuesto á toda España entre la maravilla y asombro de todo el universo. Cuando ya se había desprendido Boabdil de sus llaves, después de un vértigo, como si la vida se le acabara y se le fuera, excusó la desgracia suya con los decretos de la Providencia, é imputó al destino aquella irreparable catástrofe. Los tres axiomas del islamismo, que paralizan la más firme voluntad, gastando los resortes motores de la vida humana, ó sean las grandes libertades, los tres flotaban sobre aquel grupo de árabes destinados á hacer entrega solemne de su patria incomparable á los enemigos implacables y eternos. El santón vestido con túnica de lana blanca, entre cuyos pliegues parecía como una estatua funeraria, rozando el suelo con sus mangas perdidas y envuelta la cabeza en el turbante de lino, análogo á la tiara de nubes que la montaña ciñe á su cumbre, no quería explicarse la causa de tamaña ruina, y exclamaba: «Dios lo sabe.» A su vez el guerrero que llevaba todavía su cota de malla en el cuerpo, su escudo en el brazo, la

vibrante lanza en la diestra y al costado el corvo alfanje, viendo su valor y sus medios, conformábase con arrinconarlos á un lado sin haberlos esgrimido bastante, con esta frase fatalista: «Dios lo puede todo.» Y Boabdil, que representaba la fuerza de aquel Estado, la voluntad unánime de aquel pueblo, el poder de aquella sociedad tan ilustre y grandiosa en otro tiempo, al ver cómo las torres del palacio de sus mayores se desvanecía á su vista y cómo la corona de Alhamar en los edenes granadinos recluida trescientos años frente á las victorias cristianas, se cala de sus sienes, en vez de revolverse airado contra la suerte y luchar aún con porfía, exclamaba: «Dios lo quiere.» Cumplida la entrega de las llaves, preguntó Boabdil por el caballero que debía gobernar, bajo la noble advocación de los Reyes Católicos, á Granada; y como le indicaron ser el conde célebre de Tendilla, don Iñigo López de Mendoza, dirigióse á él, y sacando una sortija de oro con preciosa piedra que al dedo llevaba, le dijo esta frase, conservada también por la Historia: «Con este sello se ha gobernado Granada. Tomadlo para que la gobernéis vos, y Alah prospere vuestro poder más que ha prosperado el mío.» Siguió el Zogoibí su camino de amargura, y después de haber encontrado al cardenal Mendoza en la puerta de los Siete Suelos y al rey Fernando por las alturas de San Sebastián, encontró á la Reina Católica en Armilla, dentro ya de la vega y camino del real de Santa Fe. Vestía Isabel, como Fernando, su traje de gala, y asentada en su caballo como en un trono, lucía sobre sus sienes aquella corona que bien pronto debía ser la corona de dos mundos. Su hijo el infante D. Juan, vestido con oriental riqueza y relumbrante pedrería, caracoleaba en su corcel á la derecha, mientras á la izquierda se veían las infantas ornadas con trajes caprichosos y ricos, en que se combinaban los brocados florentinos con las gasas y los tisúes árabes. Una muchedumbre de mozos nobilísimos y de damas componían su corte y aumentaban, si era posible, su esplendor. Por un sentimiento de natural delicadeza los Reyes habían convenido en que allí se

compensaran las tristezas del vencido con un acto verdaderamente grato á su corazón. El joven primogénito, que desde los pactos cordobeses habia estado como prenda en poder de sus enemigos, fué puesto allí mismo en libertad y entregado por Isabel á su padre. Boabdil, á pesar de sus grandes angustias y del esfuerzo que le costara traspasar las llaves de su ciudad al vencedor, no vertió una lágrima siquiera, y ahogó mil veces con valeroso esfuerzo los suspiros escapados á su roto pecho. Pero entonces, en aquella ocasión, viendo á su hijo, al hijo de Moraima su amada, fruto de sus primeros amores, flor en que se perpetuaba y rehacia su vida, recuerdo de su ser, y á pesar de todo esto quien más perdía en aquel acto, el más castigado aunque por su inocencia el menos culpable, nacido en el trono y puesto en el duro trance de contentarse con triste destierro al Africa, lejos de aquel paraíso fundado por sus gloriosos abuelos, rompió todos los diques al dolor, abriendo de par en par las puertas del respeto á sí mismo y de la consideración á los demás, que hasta entonces habían como retenido y refrenado las amargas cataratas de su llanto. Cubriendo su cara con la cara del pobre primogénito, lloró á todo llorar sobre ella, y desahogó así en tanto su pecho y sus ojos. Esta escena tierna impidió que dirigiera el Rey moro á la Reina Isabel aquellas frases que habia dirigido antes al Rey Fernando y al cardenal Mendoza, pues los caballeros castellanos abreviaron el dolor abreviando la trágica escena. Y en efecto, el Adelantado de Cazorla, bajo cuyo poder pusiera el Rey cristiano al Rey Chico, le invitó á continuar hasta Santa Fe, donde, según las instrucciones recibidas, alojóle con grandísima cortesía y regalo en la tienda del cardenal, según lo convenido. El día iba creciendo y la cruz llevada por Mendoza en sus manos con el fin de coronar y rematar la historia de siete siglos no aparecía en las cumbres y adarves del palacio mahometano. Isabel, que aguardaba con impaciencia verla, engañó este deseo, primero esperando la entrevista de Boabdil, y después con la entrevista. Así, en cuanto el Rey moro pasó y no tuvo ni ob-

jeto ni asunto con qué pacientarse y en qué distraerse, volvió á fijar la vista en las torres y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por ver al ejército cristiano desplegar sus huestes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes entre diez y once de aquella milagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol que iba majestuosamente subiendo á su cenit. Imaginaba ya Isabel en su impaciencia que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero á eso del medio día, sobre aquel torreón que se denominaba la Vela, el signo de la Cruz apareció relumbrante, como un astro diurno que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa del Korán, rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas; todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricoshombres, cuantos sentían la fe católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al son místico de las trompetas y de los clarines, trocados en trompetas y clarines de un órgano inmenso, entonaron piadoso *Te-Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencía y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En aquel día sublime hubo también una resurrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Si; quinientos cautivos repitieron en sus mazmorras el *Te-Deum* de la Vega, y cuando éste no había concluido todavía, salieron en libertad entonando los cánticos de su religión y poniendo sus cadenas ro-

tas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los diez mil almohades del Atlas huían al impetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche sólo interrumpidas por los reflejos del incendio; y el gran Miramamolín, que había soñado con ir desde Tremecen á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye despavorido al desierto, dejando su tienda y su Korán; desde aquella noche no se había oído un *Te-Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

Realizada la reconquista, encontrábase Colón frente á frente de maravilloso milagro, cumplido por la voluntad firme de un pueblo, el cual, en espacio relativamente restricto, sin auxilio de nadie, con su fe ardiente y su valor nativo, por siete siglos tuvo á raya, y venció al cabo, dos continentes como el Asia y el Africa, inagotables, cuyas razas más batalladoras, aceradas por un dogma de guerra y precedidas por un Profeta de combate, inútilmente contra nosotros porfieron, mezclando el empuje á la tenacidad: vencieron las dos virtudes patrias, el arrojo y la constancia. Sonaba la hora de convertir tantas energías al milagrosísimo logro de otra no menor empresa. Colón vió al Rey moro hincado de hinojos ante la Reina, un mundo en el ocaso, ante un sol en el cenit; vió al cardenal Mendoza sobre la torre Bermeja, con su cruz en la mano, que parecía bajo aquel cielo celeste y sobre aquel pedestal rosáceo, un astro diurno resplandeciente de sublimes ideales y de consoladoras esperanzas. Todo á sus ojos lo podía la fe viva, sustentada por la voluntad resuelta. El *Te-Deum* de la Vega entonado ante las ruinas de un pueblo viejo y roto, debió anticipar á su espíritu el misterioso *Te-Deum* ante la resurrección de un pueblo niño y de una tierra virgen. Ya no podía esperar más tiempo; la vida suya entraba en su ancianidad á más andar y la impaciencia lo destrozaba como al arbusto el huracán. Ya no hubo término medio posible, imponiéndose como se imponía la incontrastable alternativa de

irse á otro suelo más propicio á sus planes, ó arrancar al poder de los Reyes las tres carabelas, pedidas en vano durante cuatro lustros á todos los principales poderes de la rica Europa. Otra junta de sabios parece haberse reunido aquí, bajo la presidencia del cardenal Mendoza, muy semejante á la presidida en Córdoba por Talavera y la reunida en Salamanca por Deza. Geraldini la refiere mucho después de celebrada, y cuenta cómo se repitieron las argumentaciones de cajón, por el Profeta desvanecidas mil veces. Hallábase Geraldini, tras Mendoza, cuando apretaban los ciegos del alma con mayor furia en sus tesis negativas, todas ellas fundamentadas sobre reminiscencias de pensamientos falsísimos arrancados á las obras de Leris y San Agustín. «Buenos teólogos, dijo el joven eclesiástico italiano al viejo arzobispo español, pero malos naturalistas.» Negar el hemisferio austral cuando los portugueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar parecía una insensatez. El cardenal recogió con su ímpetu la idea é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La corte de los Reyes tuvo que oír nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, como si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedía, que hubiérasele creído poseedor ya de sus tierras recién invenidas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema de Almirante, por la que á casi rey subía entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba después el cargo de Visorrey ó gobernador de todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumento de la invención y de su logro pedía tres carabelas bien equipadas y un cuento de marave-

dis bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos días, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podían tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte propicia de todo en todo á Colón, observaba con pena el renacimiento de las potestades feudales, con tanto esfuerzo combatidas aquí en la Península, más allá del Océano. Muchos y muchos otros observaban que, lograda la empresa, Colón subía de un vuelo á rey; y malograda, sin perder él cosa mayor, los Reyes perdían toda seriedad en el concepto universal, por lo que debía irse de seguida el desatinado y ambiciosísimo visionario á otra parte con la música. En cambio, nunca rayó tan alto el descubridor en clarividencia y en voluntad. Véase su empresa tan lograda, y los nuevos territorios tan palpables, y los mares tan poblados, y el grande Kan por tal modo vivo, y el reino de Catay tan resplandeciente de oro, y la isla de Cipango tan bordada de especies y tan ceñida de perlas, que no daba su brazo á torcer y no quería malbaratar por poco los metales y la pedrería, cuyos resplandores y cuyos iris deslumbraban sus ojos, arrobados y estáticos, á tanta maravilla. Así que lo desahucieron, saltó en su mula, y á rienda suelta echóse á correr hacia Córdoba, para despedirse de prendas caras á su corazón, y recalar luego por Francia, entregándole sin vacilaciones la propiedad entera de sus proyectos desconocidos por la ciega España. En aquella marcha de noctámbulo, una capital consideración le molestaba principalmente, la de haber escogido el territorio ibero para su partida, por lo más occidental de nuestra Europa, y lo más próximo á las Indias orientales en los caminos de Occidente, y ninguno de los tres grandes Reyes suyos, ni el de Castilla, ni el de Portugal, ni el de Aragón le habían creído. Fernando, político antes que todo, quedó muy conforme con que no renaciera el feudalismo allende los mares, después de acogotado aquende; pero Isabel, más

exaltada y más piadosa y más creyente y más amante y más poeta, quedó entristecida por no completar la empresa en tierra concluida, con otra empresa en mar, y no traerle á la Iglesia de Dios nuevos territorios que bendecir con nuevas razas que bautizar, tras aquellas victorias henchidas de promesas y esperanzas. Conociendo tal estado de su ánimo acudieron todos los partidarios de Colón á la Reina, y le presentaron en animadísimos discursos lo que perdía con el desahucio al Profeta y con el menosprecio de su profecía. Quintanilla, el contador; Deza, el sabio; Mendoza, el arzobispo; Medinaceli, el potentado; Geraldini, el influyente; Cabrero, el doméstico; la escuchada nodriza del infante D. Juan; el gloriosísimo Conde que acompañara por su estrecho parentesco, algo misterioso, con el cardenal á éste sobre la Vela en Granada; Marchena, siempre al habla con el descubridor, para quien se desojaba leyendo letras y mirando astros; todos á una debieron arrestarse á caer sobre los Reyes en tropel, exigiéndoles con firmeza y respeto no privasen de aquel dominio nuevo á la Iglesia y de aquel inmarcesible lauro á la patria. Con efecto el genio de Colón pertenecía de suyo á los oráculos y el genio de Isabel á las pitonisas. En sus sendas almas dominaba la inspiración, y en sus sendos corazones el sentimiento. Creían porque amaban; y amaban porque creían. La fe los guiaba; y aunque la fe aparece con los ojos vendados, es para no ver los obstáculos con que tropieza en toda realidad impura el purísimo ideal. Isabel y Colón aparecen por tal modo sublimes en este instante, que sólo podrían simbolizarlos aquellos sibilas y aquellos profetas puestos por pinceles parecidos á manojo de rayos y en el éter creador empapados, por los pinceles de Miguel Angel, en aquel espacio henchido de ideas que se llama la Capilla Sixtina.

Pero ¡ah! que hasta los profetas y las sibilas tropiezan en este mundo con lo que tropezaban entonces los dos titanes de nuestra historia, tropiezan con el dinero. La manzana de oro, en que no podían clavar el diente, érales tan fatal como á nuestros primeros padres la manzana del Paraíso, á este

Adán cíclico y á esta Eva inmaculada, que gemían á la puerta del nuevo paraíso. Teníanlo todo: fe, genio, inspiración, intuiciones, pero no tenían dinero. Pues como si nada tuviesen. Lope hizo decir á Colón en diálogo con Fernando, el cual requiere con instancia al descubridor á demandarle lo que necesitaba, estos versos:

«Señor, dineros, que el dinero en todo  
Es el maestro, el norte, la derrota,  
El camino, el ingenio, industria y fuerza,  
El fundamento y el mayor amigo.»

Ahora bien: la reina Isabel no tenía dinero. Su guerra con Granada le había costado un sentido. Véase con sus mismos criados empeñada.

Quintanilla le prestó mil maravedís para poder salir de Segovia con su hermano Alonso; en los toros de Guisando, además de trescientos mil adelantados por el marqués de Medina, ochenta mil de su bolsillo particular para el negocio de Avila; cincuenta mil manteniendo bajo una peste horrorosa en Santisteban seiscientas lanzas al servicio real; doscientos mil en los tratos con la marquesa de Moya que le impusieron la travesía del Puerto unas treinta y seis veces, en las cuales perdió siete mulas; ciento cincuenta mil en captar los desterrados que debían revolver sobre Tordesillas, y tomarla, el duque de Alba entre otros; y en los merinos, y en las Hermandades, y en los receptores de Castilla, y en las armadas contra el turco, y en el reino de Navarra, y en el socorro á Estella tal número de millones á la continua pedidos por el tesorero, y con dificultad pagados por el Erario, tal número de millones, que muestran la miseria de los Reyes y la riqueza de alguno que otro entre sus pobres vasallos.

No debe tal situación maravillarnos, si atendemos á lo sucedido poco antes en Castilla. El predecesor de los Reyes Católicos, Enrique IV, había dispendiado todo el patrimonio real. Sobre las alcabalas, tercias y demás rentas reales daba sin tasa y sin escrúpulo á troche y moche juros de here-

dad en blanco para que los llenase á su guisa y gusto el querido de su mujer, D. Beltrán de la Cueva, y el duque de Benavente, y el conde de Lemos, y el repostero mayor de su casa, y el enano de Jerez, y el negro Rodrigo, y el Lazarico de Sevilla, cosas parecidas á las contadas en picarescos romances. Así vendían los Reyes, como cualquier perdido tras una noche de juego, sus ajuares. Para enviar la sin ventura Doña Catalina de Aragón al príncipe de Gales en matrimonio y poner sobre Londres la dote pedida por su avaro suegro Enrique VII, se vendieron las mejores y más ricas tapicerías de la Reina. Para negocios del Estado se mandaron las alhajas más preciosas de la corona real á los usureros de Valencia y se pusieron depositadas en San Jerónimo de Córdoba. El riquísimo collar de los balajes enormes y de las perlas gordas, tantas veces lucido en torneos y saraos, todo él con áureo engaste llamado de araña; el otro de los cordones con catorce piezas, en pedrería copiosas; el joyel de la salamandra, con dos cabezas compuestas de rubíes y brillantes; las flechas hermosísimas de aljófares, y las manillas y las salamanquesas, tan costosas como un imperio, pesadas todas en el peso de cámara, iban al bueno de Talavera, convertido en único depositario, á fin de venderlas ó empeñarlas para cosas cumplideras al real servicio. Y se hacía esto por tal modo en toda la Edad Media, que D. Alonso el Sabio envió á empeñar la corona de Castilla en el palacio de los Benimerines, para que le diese dineros Ibn Kaldun, el Sultán, con que combatir al infante D. Sancho, rebelado en armas contra el Rey su padre. Razones políticas muy poderosas en la voluntad concentrada de Fernando V, pagadisimo con razón de la unidad del poder, y razones económicas en la voluntad intensa de Isabel muy poderosas, como deseosísima de algún orden y arreglo en sus rentas, persuadiéronles al desahucio dictado por las nuevas cantidades pedidas para la expedición y por las innumerables preeminencias pedidas para el caso de que la expedición tuviese los prometidos resultados.

Pero ni una ni otra consideración parecían, entre los amigos del descubridor, bastantes á justificar el abandono y desahucio de sus maravillosos planes. La marquesa de Moya se portaba en el cenit de tanta gloria como se portaba otros días en sus comienzos desastrados y en sus albores tormentosos. Allí aconsejaba resolución y resolución aquí. Allí amenazaba con matar á quien impidiese la unión de las dos coronas por el matrimonio de los dos príncipes; aquí movía el pensamiento y la voluntad regias de aquel bienhadado matrimonio en la mayor de sus empresas, donde les aguardaba el más verde y más preciado entre todos sus lauros. En su alma entraba el espíritu de aquel siglo, que después de haber encontrado la imprenta en una misera sacristía del apartado Estrasburgo; de haber sorprendido en los escombros de las ruinas aquellas estatuas clásicas que venían á interrumpir las penitencias cenobíticas y á rejuvenecer la forma humana; de haber fijado en el sibilino volumen de Copérnico la esfera del sol en el centro de todas las esferas y en el foco de todas las elipses planetarias; de haber ensanchado los espacios del viejo mundo por los portugueses, debía crear nuevas tierras en el Océano, y completándolo con el ignorado Pacífico y el polo austral, sembrar de nuevos soles y de constelaciones jamás vistas el infinito, más lleno de luz etérea y más henchido de Dios. La marquesa de Moya, como Victoria Colonna, como Renata de Anjou, como Blanca Cornaro, como tantas mujeres gloriosas del Renacimiento, encienden con el soplo de sus labios la espléndida luz del nuevo ideal. Pero si ella fué la idea y el sentimiento, Santángelo fué á su vez el cálculo y la realización práctica del proyecto. Quintanilla le abrió á Colón el camino de la corte y á Santángelo el puerto de Palos. De familia conversa, cristiano nuevo por ende, uno de aquellos judíos viejos, grandes ilustradores del mundo cristiano, como los Cartagenas de Burgos, por ejemplo, reunía, según la índole y complexión de su raza, con el amor al ideal propio de los profetas adivnadores de Dios, el cálculo reflexivo de los arbitristas y de

los matemáticos. Lo cierto es que un día Fernando V, de paso desde Aragón á Castilla, y necesitado de alguna cantidad en los apuros continuos y en la pobreza de aquellas monarquías, detuvo el caballo ante la puerta de su casa en Calatayud, y desmontándolo entróse á emprestarle una cantidad que halló en su inagotable tesoro familiar. Mucho poder debía disfrutar cuando gente de su familia y sangre participó en el sacrificio é inmolación de Pedro Arbués, el primer inquisidor, muerto en la catedral á los furores de un motín popular, sin que le alcanzase el tesorero de Fernando ni la desgracia del regio favor, ni la sabida pena de infamia. Santángelo entró en el cuarto de la Reina, así que supo la partida inesperada de Colón, á conjurarla en favor de la vuelta, y se halló con la marquesa de Moya. Y como la Reina se quejara de las pretensiones del descubridor, le dijo que todo valía poco si el plan se lograba, y todo se reducía, en último término, á cero si el plan se frustrase. Y como á estas razones potentísimas la Reina le opusiera la penuria del Tesoro y la necesidad en que se hallaría de volver á empeñar nuevamente sus joyas, Santángelo, en su decisión, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerías que le trajera la expulsión de los judíos, y cómo allí podrian encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Paños por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increíble viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.